

Quinta Gira Cultural

POR LOS TERRITORIOS DE CHUBUT Y RIO NEGRO

Por Misioneros y Misioneras del
CENTRO DE MISIONES RURALES ARGENTINAS
1946

El Centro Apostólico de Misiones Rurales Argentinas, cuya finalidad es mirar por el bien espiritual, moral y social de los pobres campesinos, en la época de verano dedica todos los años sus actividades a los aborígenes de los Territorios de Chubut y Río Negro.

En la gira cultural de este año 1946, realizada en los meses de Enero y Febrero, tomaron parte 12 sacerdotes misioneros, cuatro jóvenes estudiantes jesuitas, que actuaron como catequistas, y 30 Hermanas misioneras.

El sistema adoptado en estas giras consiste en repetir cada año la visita misional en todos los lugares anteriormente misionados, ampliando cada vez la zona de recorrido.

La última gira abarcó unas doscientas leguas cuadradas y la realizaron misioneros Redentoristas, Oblatos, Capuchinos, Franciscanos, de la Divina Providencia y Jesuitas, acompañados y ayudados por Hermanas Capuchinas, de San José, de la Misericordia, de la Cruzada Pontificia, Azules y del Espíritu Santo.

Para desplegar sus actividades misionales se distribuyen en grupos de tres o cuatro, deteniéndose ocho o más días en un lugar fijo, desde el cual hacen sus excursiones hacia otros parajes de menor población, a fin de instruir y bautizar a los aborígenes.

ONCE GRUPOS DE MISIONEROS

PRIMER GRUPO: recorrió la zona más distante de la estación terminal: Río Mayo, Pastos Blancos, Alto Río Mayo, Río Senquera, Apeleg y José de San Martín.

SEGUNDO GRUPO: visitó Corcovado, Teka, Carreulefú, Quichaura, Languineo y Palmitas, instruyendo y bautizando las dos pequeñas tribus de los Caciques Antonio y Mario Nancaulef y la de Emilio Prae.

TERCER GRUPO: misionó el valle de Gualjaina, Lepá, Cañadón Grande, Costa del Chubut, Piedra Parada, Las Horquetas y Arroyo del Pescado.

CUARTO GRUPO: éste tuvo a su cargo varias estaciones del Ferrocarril: Clemente Onelli, Comallo, Pilcaniyeu, Cerro Bandera, Anecón, Las Bayas y la aldea escolar de El Maitén.

QUINTO GRUPO: se encargó del Valle de Cholila, El Cajón, El Rincón, El Blanco, Carrileofú, Paso de Coihue y El Maitén.

SEXTO GRUPO: misionó Quequetrile, Ingo, Jacobacci, Epuyen, Ranquí-Loau y Jofo-Cahuel, La Cabaña y Blancura. Esta última es una escuelita solitaria, donde los Misioneros debían detenerse un solo día. Pero reunió tanta gente y tanto suplicó que los Misioneros hubieron de permanecer tres días, con gran provecho espiritual de aquellos buenos aborígenes. Allí encontraron una célula protestante, que iba ya cundiendo entre los indios; lograron hacerla desaparecer por completo y abjuraron sus errores todos los contagiados de herejía.

SEPTIMO GRUPO: se instaló en El Bolsón, irradiando desde allí sus actividades a once poblados con sus respectivas escuelas: Costa Azul, Mallín, Ahogado, Los Repollos, Quenquetrem, Golondrinas, Los Redales, El Puelo y Hoyo de Epuyen.

OCTAVO GRUPO: casi siempre de a caballo, misionó el kilómetro 83, Río Chico, Caracoles, El Mirador, Lagunita Salada y La Anónima.

NOVENO GRUPO: fué de exploración, con caballos cedidos gentilmente por el Sr. Comisario de Jacobacci y un agente de Policía que guiaba a los misioneros. Dirigiéronse éstos hacia Gastres, por regiones donde no había memoria de que hubiera pasado jamás un sacerdote, deteniéndose en escuelas y comercios, y encontrando en todas partes fina y generosa hospitalidad. A pesar de ello hubieron de ofrecer a Dios el sufrimiento de mil incomodidades. El fin de esta exploración era abrir nuevas rutas para el próximo año. Pero también recogió el magnífico fruto de 851 bautismos de personas de toda edad, hasta el de una viejecita de más de 100 años.

LOS MENUCOS Y CUSHAMEN

Estas dos misiones, realizadas por los grupos décimo y undécimo, exigen párrafo aparte y una especial mención.

Por tercera vez llegan a ellas las Misiones Rurales Argentinas, pudiéndose constatar allí un aumento cada vez mayor de piedad y fervor cristianos. En ambos parajes han procurado los Misioneros con singular empeño formar hogares, cimientos de una sociedad bien constituida y gérmenes de una patria grande y fuerte.

A.— LOS MENUÇOS.— El Sr. Juez de Paz del Registro Civil, Sr. Ernesto Pérez, es todo un caballero, inteligente, cristiano, fiel cumplidor de su deber, progresista, patriota, organizador. Se propuso alcanzar una cifra récord de matrimonios civiles y lo consiguió, pues alcanzó a inscribir hasta 100 matrimonios de aborígenes, que vivían amancebados y al margen de la ley.

Lo más difícil fué hacerlos ir desde 10, 20 y más leguas a la redonda, averiguar su edad, origen, número y nombre de los hijos, fecha de nacimiento, su inscripción como ciudadanos argentinos: enorme fué la labor realizada por el Sr. Pérez.

El 27 de Enero se designó como fecha para el matrimonio religioso de las 100 flamantes parejas de novios, no todos jóvenes, como que había alguno que pasaba ya de los 100 años.

Formáronse comisiones, en las que figuró lo más selecto de la población. Millares de banderas y artísticos arcos daban un tono de fiesta a la pequeña aldea, a la que desde el día anterior iban acudiendo vecinos de otras poblaciones distantes muchas leguas de aquella.

A las 10 hs. fué la recepción del Excmo Sr. Gobernador del Territorio y del Illmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, a cuyo cargo estuvo la bendición nupcial de los nuevos matrimonios.

Ante todo se procedió a la bendición de un nuevo mástil, junto al cual se había erigido el altar para la Misa de Campaña, que fué solemnizada con cantos religiosos, acompañados de violín por una de las Hermanas Azules. Terminada la Santa Misa y ante la contenida emoción de todo el público, acercáronse por orden al altar las 100 parejas y, requerido el consentimiento individual, recibieron todas la bendición nupcial que les fué impartida.

Otorgóse luego un premio a las familias numerosas. Obtuvo el primero, consistente en \$ 100.—, una que constaba de 16 hijos. Siguiéronle otras de 13 y 12 hijos respectivamente, recibiendo \$ 50.— cada una de ellas. Todo era alegría y felicidad en aquella inolvidable mañana. Los nuevos esposos recibieron su libreta de matrimonio y se sentían felices al verse inscriptos en ellas junto con sus hijos. Ya no eran indios, eran argentinos civilizados, sentíanse "gente" y se consideraban dignificados, como era en realidad. Tampoco sus hijos eran indios, ni hijos de la selva o hijos de nadie, sino ciudadanos argentinos, cristianos, hijos legítimos.

El gozo subió de punto cuando cada uno de los recién casados recibió como regalo de boda un rico poncho, y cada nueva esposa un atado de ropa, coronándolo todo la fina atención de las Hermanas Azules, que obsequiaron a cada pareja con un rosario y un anillo.

Siguió luego el infaltable asado criollo, tan abundante que pudieron repetirlo por la noche. Asistieron los nuevos esposos rodeados de sus hijos, que en aquel día habían sido bautizados en número de 400.

El héroe de este acontecimiento fué el Sr. Ernesto Pérez. Ni bien repuesto de la labor pasada, reinició su tarea de formar hogares y hasta el presente casó civilmente 30 matrimonios de aborígenes que, como casi todos, vivían amancebados, legitimando 98 hijos que han sido inscriptos como ciudadanos argentinos.

Honor al Sr. Ernesto Pérez, Jefe del Registro Civil de Los Menuços! Ojalá cundiera su ejemplo y el entusiasmo por esta patriótica cruzada, y así, pronto, la República toda se vería embellecida por hogares bien constituidos que le harán honor formando una sociedad bien ordenada.

B.— CUSHAMEN.— Es ésta una colonia pastoril donada por el Gral. Roca al Cacique Naucuche Nahuelquir. La visitan desde hace tres años las Misiones Rurales Argentinas, que encontraron allí una región de crudo paganismo, donde todos eran "moros", como llamaban a los no bautizados.

Matrimonios legítimos apenas se conocían. El Juez, también aborígen, inscribía en el Registro Civil uno o dos matrimonios al año. Pero desde hace tres, ha llenado ya casi cinco libros de Actas Matrimoniales.

Los aborígenes, que viven allí en tierra indivisa, con sus majadas de ovejas y cabras, que representan todo su haber, son muy buenos, respetuosos, dóciles y, al parecer, de sentimientos religiosos, no obstante su escasa instrucción en la materia. Aman y respetan al sacerdote y, sobre todo, a las "Hermanitas, que cuidan tan bien a sus hijitos".

El cambio verificado en estos indios al cabo de tres años es verdaderamente asombroso, tanto en los niños como en los adultos. Hoy tienen ya otro trato social, gracias a las frecuentes reuniones, que se realizan principalmente los domingos, días en que acuden más de 300 personas a la Santa Misa, después de la cual permanecen allí todo el día y reciben diversas instrucciones.

Observábase antes en algunos cierta idea vaga de un Dios que premia o castiga y de un espíritu malo que persigue. Hoy conocen ya al verdadero Dios y tienen clara idea de su Hijo, Jesucristo. Los niños, antes huraños y recelosos, son hoy educados, sociales e inclinados a la piedad, y ya no se esconden como antes cuando ven "un blanco".

O B R A S O C I A L

El Centro de Misiones Rurales Argentinas persigue un objetivo de orden primordialmente espiritual, lo que es ya de por sí una grandiosa obra encuadrada dentro del espíritu y la letra de la Constitución Nacional. Pero no es ajena a sus altos fines la obra social, que, por ello, viene realizando en gran escala, aunque siempre en la medida de sus posibilidades.

Ayuda cuanto puede a los pobres aborígenes, siempre tan olvidados, auxiliándolos y socorriéndolos en sus múltiples necesidades de orden material. Les distribuye anualmente gran cantidad de ropas, obsequiadas casi en su totalidad por el Taller Misionero, además de víveres y medicinas. Cada grupo de Hermanas lleva consigo telares, muy prácticos, a pesar de su pequeñez, habiendo despertado con ellos enorme interés entre las muchachas indígenas por tan útil aprendizaje.

La primera obra social estable empezó a realizarse en Cushamen (Chubut) gracias a una donación del Jockey Club. Esa obra es la "Escuela Hogar", en la que funcionarán al mismo tiempo pequeñas industrias para aliviar en algo la pobreza de la región.

El edificio, ya en construcción, constará de un claustro de treinta metros cuadrados, un gran salón de trabajo y un dormitorio para las pupilas; comedor, instalado en una galería abierta, y otras dependencias. Todo es rústico, sencillo y de adobes, pero ello equivale en Cushamen a una gran Catedral... No es para describir la alegría de aquellos buenos aborígenes ante semejante progreso, que jamás se lo hubieran imaginado en su tierra...

Allí se ha establecido alpargatería. Las Hermanas misioneras aprendieron en Buenos Aires el oficio y lo han enseñado allá a varios jovencitos que, a su vez, lo aprendieron rápidamente. Y hoy, gracias a su afición, prolijidad y constancia, fabrican tan bien alpargatas que varios comerciantes de la zona solicitaron comprar toda su producción.

Unas doce jovencitas que permanecieron internas aprendieron muy pronto el manejo de los telares, produciendo variadas telas para vestidos.

A estas industrias añadirá el Centro de Misiones Rurales, en cuanto disponga de recursos, curtiembre, hilado de lana a mano, lavadero de lana y otras más, que podrán ser de gran alivio para la región.

Todo ello demostrará una vez más que los aborígenes no son indolentes, como se cree, ni enemigos del trabajo o dotados de muy escasa inteligencia. Muy al contrario. El Centro de Misiones Rurales ha podido comprobar que son hábiles, diligentes y laboriosos y constituyen una promisoría esperanza de progreso, cultura y civilización para todo el sur argentino. Por si no bastare lo dicho, anotemos como ejemplo el siguiente episodio. Un grupo de Hermanas no podía llegar hasta una tribu. Enterados de ello los indios, en sus caballos y en carretas salieron al encuentro de las Hermanas, llevando consigo los telares desarmados, ponchos, matras, riendas, cabestros y otros objetos fabricados por ellos, para mostrárselos a aquellas y probarles que, siguiendo las enseñanzas recibidas, no habían vivido en la ociosidad, como muchos creen, sino del fruto de sus trabajos.

El Cacique Prane, con fervor impresionante, habló a los indios de su tribu, ponderándoles el gran beneficio de la Misión y exhortándolos a quedar agradecidos.

Luego, dirigiéndose a las Misioneras, les contó, con lágrimas en los ojos, cómo habían sido despojados criminalmente de sus tierras, incendiados sus ranchos, asesinado al Cacique Nahuelpán, y obligados todos ellos a enterrarse en la Cordillera, donde mueren muchos cada año, especialmente los niños, de hambre y de frío, bloqueados varios meses por la nieve. Terminó pidiendo que se le consigan unas leguas de campo, donde pueda estar la colectividad en los meses de invierno.

El mismo Cacique acaba de enviar al Centro de Misiones Rurales Argentinas un Memorial, redactado en tosco lenguaje pero sincero, suplicando quiera intervenir ante las autoridades nacionales para que éstas alivien su penosa y desesperante situación.

Y es ésta una de aquellas tribus — quizá muchas todavía — que jamás habían visto un solo sacerdote, y, que, no obstante eso, ansían todas ellas recibir el Santo Bautismo. Parece confirmarse a cada paso la profunda sentencia de Tertuliano: "Oh alma NATURALMENTE cristiana...!"

UN ENSAYO

Como los indios viven dispersos y distantes entre sí, el Centro de Misiones Rurales proyecta reunir anualmente unos sesenta o setenta hombres en la Escuela Hogar, durante cuatro o cinco días, a fin de darles una sólida y básica instrucción cívica, moral y religiosa. En la misma forma se procederá con las mujeres, mediante algo que podría llevar el nombre de "Ejercicios Espirituales".

De tales Ejercicios se pudo hacer ya este año un pequeño ensayo, a pesar de la estrechez del local. Reuniéronse 17 hombres y con toda corrección y seriedad, permanecieron allí durante cuatro días, en el último de los cuales, fecha de clausura de la Jira de 1946, se acercaron todos devotamente a recibir la Sagrada Comunión.

Grande fué ese día para Cushamen. Desde muy temprano empezaron a llegar carretas y caballos, transportando gente que venía de muy lejos. A las 10 hs. se formó una procesión, presidida por la imagen de la Virgen de Luján, obsequio del Párroco de nuestro Santuario Nacional. Celebróse luego la Santa Misa, en la que alternaron los cánticos y las oraciones, coreados por todos, grandes y pequeños.

A las 14 hs., cuando estaba ya a punto el clásico asado criollo, llegó el Sr. Comandante del Escuadrón "El Maitén", siendo recibido con aplausos y aclamaciones.

Terminado el almuerzo, la alegre concurrencia, que ascendía a unas 400 personas, pasó al salón-capilla para asistir a una asamblea. Hablaron en ella el P. Director de Misiones Rurales, uno de los PP. Misioneros, el Sr. Presidente de la Comisión Protectora de la Escuela-Hogar, dos de las Hermanas y una de las señoritas indígenas que estuvieran pupilas con las mismas Hermanas y clausuró el acto el Sr. Comandante.

Emocionadas, varias señoras ancianas, quisieron demostrar su agradecimiento al Centro de Misiones Rurales por la obra que viene realizando y, en araucano, entonaron diversos cánticos las buenas viejecitas. Notable y asombroso es el cambio producido en aquel olvidado rincón de la República...! Esa era la conclusión de todos los presentes.

EL CAMARUCO

Con este nombre se designa una fiesta tradicional entre los aborígenes, fiesta que, en el fondo, tiene un innegable sentido religioso. En ella se pide al "espíritu bueno" principalmente lluvia abundante para que puedan vivir los moradores del lugar y no falte pasto para sus ganados. Fiesta seria, no admite como otras la borrachera ni los bailes: es religiosa.

Pocos días antes de la fiesta, se solicitó telegráficamente el permiso para que la presidiera la imagen de Cristo Crucificado. Colocóse ésta en una especie de altar y durante tres días le hicieron guardia continuamente dos jovencitos montados en sendos alazanes, acompañados de niñas vestidas de blanco. El coro de alumnas de la Escuela-Hogar se encargaba de los cánticos religiosos.

Terminado el Camaruco, se entregó el Santo Cristo al Cacique, el cual debía conducirlo a la capilla.

Llevólo antes a su casa, donde fué adorado devotamente por su familia y los vecinos, y de allí, adornado con cintas de terciopelo azul, lo condujo a la capilla.

Ello demuestra que el alma del aborígen es religiosa, de buenos sentimientos, no obstante sus fallas evidentes, que no son patrimonio exclusivo de aquellos indios. A pesar de ésto, el Centro de Misiones Rurales abraza la fundada esperanza de formar allí una colonia honesta, laboriosa, feliz y netamente argentina.

LOS RECURSOS

El Centro de Misiones Rurales los necesita y muy abundantes, para poder realizar la patriótica obra que lleva entre manos. Busca cooperadores eficaces y desinteresados, y no duda que la Providencia se los ha de proporcionar a medida que se vaya conociendo esta obra tan humanitaria, tan social, tan patriótica y tan divina.

Benévolo lector: conozca Vd. nuestra obra y ayúdela. Mediante la más estricta economía y socorridos con limosnas de bienhechores hemos logrado desarrollar parte de nuestros planes. ¡Cuánto más podría hacerse si fuera más abundante la ayuda! ¿Puede Vd. contribuir a ello? Diríjase a la sede central del Centro de Misiones Rurales Argentinas: Sarandía 65. Buenos Aires.

RESULTADO NUMERICO DE LA JIRA 1946

Traducido en números, el resultado de nuestra última jira misional es el siguiente:

Misiones	70	Hijos legitimados	1900
Lugares visitados	28	Comuniones	7821
Bautismos	3844	1as. Comuniones	1212
Id. de adultos	1542	Escuelas catequizadas	62
Matrimonios	510	Cruces erigidas	25
Tribus instruídas y bautizadas			9
Lugares que por primera vez visitó un sacerdote			17
Misioneros y Hermanas de la Jira de 1946			46

LOS SACRIFICIOS

Imposible contar los que han tenido que soportar nuestros Misioneros y sobre todo las Hermanas misioneras. Baste decir que recorrieron más de 600 leguas a caballo. Cayóse de él una de las Hermanas y sintió luego fuertes dolores en un brazo. Imposible acudir a parte alguna para buscar remedio o alivio. Y la Hermana continuó a caballo el recorrido de 80 leguas. Veinte días más tarde, al regresar a Buenos Aires, la radiografía acusó el siguiente resultado: ¡fractura de un hueso, ya soldado!

Dos especialistas que la vieron expresaron que sólo Dios pudo arreglarlo. La Hermana, devotísima de San José, atribuye a él la soldadura de su hueso, tan portentosa e inesperadamente obtenida.

Está en la convicción y en los labios de todos los Misioneros que hay una especial providencia para ellos. Los hechos lo demuestran. Y demuestran también que su obra es del agrado de Dios.

El celo que despliegan los Misioneros por el bien de los aborígenes, su desinterés y sacrificio, merecen bien de Dios y de la Patria. Todo se soporta con gusto y alegría al recordar el precepto de nuestra Constitución Nacional: "procurar la conversión de los indios al catolicismo".

HOSPITALIDAD

Digna del mejor elogio es la que los Misioneros han encontrado en todas las regiones de la Patagonia que han recorrido y evangelizado. Pobres y ricos les ofrecieron sus mejores comodidades, que, como es natural, no pueden ser muchas en aquellos apartados territorios; pero dan lo que tienen y lo dan todo. Pedimos a Dios, dador de todo bien, quiera recompensarles tanta generosidad.

GENDARMERIA NACIONAL

Innumerables y valiosos servicios nos ha prestado la benemérita Gendarmería Nacional. Jefes y tropa han sido nuestros grandes colaboradores en la obra civilizadora de los Territorios Nacionales. Bien podemos repetir: La Cruz y la espada se completan.

Llegue nuestra más expresiva gratitud al señor Coronel D. Domingo Molina, Director General de Gendarmería Nacional, por habernos recomendado a las distintas Comandancias; a los Jefes de éstas, a los Oficiales y hasta al último soldado, muy agradecidos decimos: ¡Dios se lo pague!

EN LAS ESCUELAS

En todas han encontrado nuestros Misioneros la mejor acogida y ayuda de parte de la Dirección y Maestros, quienes se han esforzado por facilitar nuestra misión, según el Digesto Escolar e indicaciones superiores.

A cuantos nos han brindado sus favores, pocos o muchos no importa, el Centro de Misiones Rurales Argentinas queda profundamente agradecido y ruego a Dios cada día por la felicidad de todos.

MATIAS CRESPI, S. J.

Buenos Aires. Sarandí 65.

Director de Misiones Rurales Argentinas

Fiesta de la Resurrección del Señor, 1946.